

prendían, y renunciando á recorrer los puntos elevados de la costa se contentaban con admirarlos desde la playa; ordinariamente seguían entonces la ribera del Gouët hasta su desembocadura, dirigiéndose hacia Paimpol; escalaban durante la marea baja algunas rocas, desde donde podía su vista extenderse sobre las cortaduras que cierran por aquel lado la bahía de Saint-Brieuc.

El día terminaba, como hemos dicho ya, ó en el castillo de Couëdic, ó en la morada del señor de Prades. Después de una abundante y suculenta comida, porque la mesa era casi su única distracción, el tío de Marcela y el padre de Didier se sentaban, en el invierno, junto á la chimenea, y en el verano en el terrado de la casa, y leían con verdadera delicia, el uno su antigua amiga la *Gaceta de Francia*, que le daba noticias de su rey; el otro su querido *Figaro*, que le recordaba su París tan querido, todo lo que en él se encuentra y todo lo que había perdido.

Los dos jóvenes aprovechaban su libertad para entregarse á la música, su distracción favorita. Marcela se ponía al piano y acompañaba á Didier, cuya voz tenía gran dulzura y una extensión notable en un hombre de su edad. Muchas veces, á mitad de una pieza, los

dedos de la joven se paraban de repente. Acostumbrado á esos *mutis* inesperados, Didier continuaba cantando, mientras que Marcela, con un codo puesto en el teclado, la cabeza apoyada en la mano, y los ojos fijos en su compañero, le escuchaba con embeleso.

Los días, las semanas, los años enteros pasaban así, llenos de felicidades. Pero una catástrofe imprevista amenazó la dicha de los dos jóvenes.

## IX

Llegó un día en que la amistad del barón y del marqués se hizo menos íntima. La política, que no ha causado más que daños, sin que hablemos de crímenes, y ha cometido innumerables delitos, produjo esta desunión.

El señor de Couëdic, legitimista acérrimo, como bretón que era, no se apeaba nunca de sus principios, de la tradición y del derecho divino. El señor de Prades, por el contrario, era bretón por casualidad, por necesidad más bien, porque su matrimonio le había traído posesio-

nes en las Costas del Norte, y hacía concesiones voluntarias á las nuevas ideas; pero como las cuestiones políticas le eran indiferentes y no pensaba tener que pedir nada nunca al Gobierno imperial, le dejaba que fuese atacado por su vecino, y hasta él mismo le combatía también por pasar el tiempo, y por ejercitar su talento, demasiado parisién para no ser aficionado á la crítica.

Una vez se mostró menos conciliador, menos fácil de contentar, menos tolerante con el señor de Couëdic. Al principio se atrevió con cierta timidez, y después con más seguridad, á criticar el antiguo régimen y hablar de sus errores y de sus faltas, juzgándolos severamente. Al mismo tiempo encontraba digno de elogio el nuevo estado de cosas, le gustaban todos los decretos que traía el *Moniteur*, y se olvidaba hasta el punto de ensalzar hasta las nubes á personajes políticos que hacía mucho tiempo criticaba el marqués.

Estas fueron las causas que produjeron poco á poco esa transformación en las opiniones y el carácter del antiguo vividor desterrado en Bretaña. El señor de Prades se había hecho ilusiones cuando creyó que podría pasarse eternamente sin París. Aún se desprendían de aquellas cartas de amor, abandonadas enton-

ces, pero clasificadas con cuidado, acres perfumes que le procuraban una tercera juventud. «A mi llegada á Bretaña, se decía, frisaba en los cincuenta años; después de haber descansado y haberme alimentado bien, de haber respirado tanto tiempo el aire del campo y las emanaciones del mar, hoy no tengo más de cuarenta años. A esta edad ¿no es un egoísmo en el barón de Prades enterrarse en un desierto?» ¿No debía yo, por mis amigos y mis queridas, acaso hasta por la nueva generación femenina nacida durante mi destierro, reaparecer en la sociedad del gran mundo?» Parecía un cómico viejo, que, después de haber estado largo tiempo retirado de la escena, se sorprendiese, al leer uno de sus papeles, de que podría desempeñarlo bien. Pero no tiene teatro donde hacerlo. Si volvía de nuevo á presentarse al público, qué diría éste, que le había cubierto de flores la noche en que se despidió de él? ¿Qué pensarían los periodistas que le creían retirado para siempre de la escena y que se mostraron pródigos en darle las alabanzas que se conceden á los muertos solamente?

Pero al poco rato no se contenta ya con leer el papel; saca del armario el traje que usaba al declamarles, le coloca sobre el respaldo de una butaca, le mira con ternura y llega hasta

ponérsele para ver qué tal le sienta. Le hace muchos pliegues en la espalda, le está muy largo de talle, demasiado ancho, un poco suelto por todas partes; pero le da buen aire, le rejuvenece; se mira al espejo y se pasea por su cuarto. Vuelve de nuevo á su memoria la obra entera; oye la contestación y se precipita en la escena. Habla, acciona, se anima, la sala está llena de gente, brillante de lujo y de riqueza, y oye los aplausos pel público.

¿Por qué ha renunciado tan joven á su carrera? La mayor parte de sus compañeros no renunciaron, y ayer mismo oía aplaudir á un actor más antiguo que él. No puede contenerse ya, va á rondar el teatro testigo de sus pasados triunfos, habla con sus camaradas, se deja llevar dulcemente por los pasillos, ve á su antiguo director, se une á él, y al poco rato no titubea en formular en estos términos, una petición indirecta: «Todo el mundo me está atormentando, diciéndome que por qué no doy unas cuantas representaciones; ¿qué pensáis vos?»

Pero si el señor de Prades estaba aún bastante joven para presentarse de nuevo en los salones parisienses y volver á emprender su vida de antes, las razones metálicas que le habían hecho dejarla existían ahora como en-

tonces. Los que, ó las que le habían comido su fortuna, no parecían dispuestos á devolvérsele. Qué hacer.

Sus amigos, á quienes consultó, le contestaron lo que deseaba él que le respondiesen.

«¿Por qué no pedís al Gobierno un destino lucrativo, una canongía? El segundo Imperio, recordando los errores del primero, desea rodearse de hombres que hayan figurado en el antiguo régimen, y busca sus afiliados entre los que, como vos, le han mostrado cierta frialdad. Además, tenemos buenas relaciones en la corte y os apoyaremos.»

El señor de Prades se enfureció contra aquellos consejos con un tono que ni sus adversarios podrían gritar más que él. Se creó él mismo un sinnúmero de dificultades, pero presentándolas de tal modo, que eran fácil vencerlas. Protestó, se defendió, se hizo rogar, y por fin se rindió. «No, decía, porque hubiese sido convencido, sino por complacer á sus amigos, que habían trabajado tanto en su favor, que era lo que más le obligaba á aceptar.»

Le dieron uno de los mejores cargos en París.

Quando el marqués de Couëdic leyó su nombramiento en la *Gaceta de Francia*, no quiso dar crédito á sus ojos, creyó que se tra-

BIBLIOTECA U. A. N. LI.

BIBLIOTECA U. A. N. LI.

taba de algún otro Prades, y se marchó corriendo á casa de su vecino.

—¿No seréis vos este Prades?—le dijo enseñándole el periódico.

—Dispensadme, marqués, pero ese soy yo.

—No es posible. No aceptaréis, de seguro, cargo alguno del Imperio.

—Ya lo veis que sí.

—Entonces hacéis traición.

—¿A quién?

—A nuestro partido, y sobre todo á mí. ¡Pues qué! Os acojo porque os creo de los nuestros, explano mis ideas con toda libertad delante de vos, mis principios, mis esperanzas; parece que las tenéis idénticas á las mías, que pensáis como yo, esperáis lo que yo y, de la noche á la mañana, sin dar siquiera la voz de alerta, os pasáis al campo enemigo. ¡Yo creía contar con un aliado y tenía á mi lado un adversario! Lo repito de nuevo que eso es una traición!

—Hacéis muy mal en repetirlo—dijo el señor de Prades impaciente.—Basta con haberlo dicho una vez.

Una conversación empezada en aquel tono debía degenerar pronto en una riña. A los pocos minutos, los dos amigos íntimos, después de haberse dicho las palabras más duras, se

separaron incomodados por completo, y si no se enviaron mutuamente los padrinos, fué porque en aquel destierro hubiesen tenido que andar muchas leguas para encontrar quien quisiese serlo y, además, porque, como ocurre casi siempre, cada uno de ellos esperaba los padrinos del contrario.

Esta ruptura fué completamente indiferente al señor de Prades: se marchaba á París y pensaba tomar la revancha del tiempo pasado en aquel destierro, comenzar de nuevo la vida donde la había dejado, y llenar el mundo entero con el ruido de su resurrección.

Pero iba á dar un golpe terrible á su hijo, separado bruscamente de la sobrina del señor de Couédic.

Los dos jóvenes leyeron entonces en su corazón, dándose cuenta del amor que uno por otro sentían. Tiernas confesiones debían seguir á aquella revelación, y lo fueron completísimas. Didier hablaba, Marcela oía, pero su mirada, su sonrisa tenían gran elocuencia y decían también todo lo que sus labios no se atrevían á expresar. Ellos lo sabían ya; se amaban desde el día en que se habían visto por vez primera; lo que habían tomado por fraternal cariño era un amor de los más intensos y de los más formales.

¿Qué iba á ser de ellos? El señor de Prades exigía que su hijo le siguiese á París, y aunque así no fuese, ¿podía esperar Didier, si se quedaba en Bretaña, ver á Marcela con la facilidad que hasta entonces lo hiciera?

El marqués, aún bajo la impresión de la riña habida con su amigo, ¿permitiría que su sobrina tuviese relaciones con el hijo del hombre que le había ofendido? El tiempo era el único que debiera hacer olvidar las injurias cambiadas, cicatrizar las heridas y hacer que los adversarios volviesen á ser amigos. Marcela y Didier se prometían emplear todas sus fuerzas en hacer que viniese la calma y el olvido: la una defendería cerca del señor de Couëdic la causa del señor de Prades, y el otro se encargaría de reconciliar á su padre con el marqués.

Seis meses lo más debían bastarles para ganar el pleito: aun cuando parecían ser abogados de otros, ¿no iban á hablar por su propia cuenta, á defender su vida, y su dicha, á asegurar su porvenir? No les faltaría elocuencia; sabrían encontrar razonamientos sutiles y palabras para convencer y conmover á sus jueces.

Aturdidos con su separación, pero seguros de volverse á encontrar muy pronto, cambia-

ron entre sí tierna despedida y juramentos, como por ejemplo: que fuera lo que quiera que ocurriese, permanecerían fieles á sus primeros amores y tendrían sin cesar presente en su memoria los bellísimos años transcurridos en Bretaña, sus paseos más queridos, sus dulces coloquios, sus largos ensueños y todos los detalles de una vida dichosa llena de agradables recuerdos.

## X

Pero se engañaron cuando creyeron que podrían reconciliar fácilmente sus familias. Didier no tardó en triunfar de las primeras resistencias de su padre. El barón era feliz, después de tan largo destierro, con encontrarse en su querido París; en los boulevards, en sus restaurants, teatros y salones más en boga para que conservase en su corazón odios y cóleras que se avienen tan mal con el placer. No dejaba de querer á su antiguo vecino; pero le echaba en cara su terquedad realista y su intransigencia política.

¿Cómo el marqués, á imitación del señor de Prades, no había tenido el talento de unirse á él? ¿Era razonable estar confinado toda su vida en las Costas del Norte, para consumirse en sentimientos estériles y para llorar á su rey? Si el París de 1593 valía una misa, según el dicho de Enrique VI, el de hoy merecía algunas concesiones á las ideas de la época, y hasta una defecación.

El señor de Prades iba por la mañana á la oficina, amueblada con lujo, á recibir á los contribuyentes de más importancia; por la tarde, á los salones oficiales, y por la noche, sentado en algún gabinete del café Inglés, juzgaba de las más graves cuestiones con una desenvoltura digna de un aristócrata de la Regencia, y tenía las manos llenas de indulgencias para los demás y para sí mismo.

En esta disposición de espíritu no se ocupaba de que Didier quisiese volver á la gracia del marqués para casarse con su sobrina. Le criticaba en secreto que pensase en aquel matrimonio por su propia cuenta, cuando hay tantísimos hombres que se casan por cuenta de otros. Pero cada cual toma el placer donde le encuentra, y el señor de Prades no podía acusar á su hijo de haber encontrado el suyo en las Costas del Norte, ni de que quisie-

ra ir allí á volverlo á encontrar de nuevo. Le dió, pues, cuando estuvo al corriente de su situación, todas las autorizaciones necesarias para unirse y hasta para casarse con Marcela. Llegó á sonreirse de buen grado al pensar en la partida de su hijo. La edad de Didier le incomodaba algo y le impedía rejuvenecerse todo lo que él quería. Si al menos, ese hijo que le comprometía se hubiese mostrado campechano y divertido, sería un alegre compañero, y el señor de Prades se hubiese conformado más; pero la estancia de Didier en París, lejos de alegrarle, le había vuelto tan taciturno y le hacía envejecer de tal modo, que el barón, á pesar de su buena voluntad, no podía confesar que tenía cuarenta años lo más.

El joven Prades marchó á Bretaña con las bendiciones de su padre y cartas para el marqués, llenas de ofrecimientos pacíficos y de olvido.

Aquel mensaje fué inútil. En la soledad, el señor de Couëdic se había agriado cada día más contra el que, después de haber animado su existencia durante muchos años, le había abandonado tan bruscamente. Olvidó por completo las buenas cualidades de su vecino, para no recordar más que sus defectos; se extrañaba de haber tenido la debilidad de quererle,

exageró sus quejas contra él, y llegó, ayudado por su carácter bretón, á considerarle como un enemigo mortal.

Hacia responsable al señor de Prades de su fastidio y de su *spleen*. Los días le parecían de una duración desesperante, las noches no acababan nunca, el cielo siempre le parecía nublado, la mar monotonía, las Costas del Norte sin carácter y sin interés. ¡Si hubiese podido, durante sus paseos al menos, cambiar sus ideas con su sobrina, que ahora en vez de correr á caballo al lado suyo, se sentaba en su coche en el sitio que ocupaba el barón! Pero Marcela tenía una idea fija: volver á ver á Didier. Apenas respondía á las preguntas que la hacía su tío y permanecía extasiada en sueños interminables. Su tristeza aumentaba aún más cuando el marqués dirigía sus excursiones á la playa de Legué, á la torre de Cesson ó á las rompientes de Paimpol. Al recorrer aquellos sitios donde había pasado tantas horas junto al ausente, sus queridos recuerdos volvían á su corazón; olvidaba á su tío y se separaba de él para pensar en el pasado é interrogar al porvenir.

¡Ayl el porvenir se presentaba más oscuro cada día. Didier, de vuelta en Bretaña, y no atreviéndose á presentarse en casa del señor

de Couëdic, sin ser anunciado previamente, le hubo de dirigir la carta de su padre. Esta misiva no produjo el resultado apetecido. El señor de Prades la había escrito con su habitual ligereza. En vez de tratar de aliviar sus males, parecía no tener conciencia de ello, y hablaba á su antiguo amigo como si se hubiese separado de él en las mejores relaciones y nada grave hubiera pasado entre ellos. En cuanto á su defección, tenía tan poco por qué arrepentirse de ella, que consagraba dos páginas á encomiar el encanto de las posiciones oficiales y la esplendidez de las fiestas de las Tullerías. Era una manera indirecta de decir que había olvidado por completo el pasado y de distraer al marqués, dándole el placer de leer su carta y de revivir con él.

Esta suprema delicadeza, no sólo fué comprendida por el señor de Couëdic, sino que le exasperó.

A aquella primer carta siguió una segunda: Didier la había guardado como de reserva, y la hizo llevar al día siguiente. Era aquella en que el señor de Prades pedía para su hijo la mano de Marcela.

¡Qué audacia! ¡La sobrina del marqués casarse con el hijo de un funcionario público, de un traidor, de uno que se ha vendido!

Gracias á que Marcela no se había enterado de este proyecto y no quería á Didier. Sin dignarse el señor de Couëdic hablar de las intenciones del señor de Prades, se dirigió presuroso á interrogar á su sobrina, á fin de tener el placer de comprobar que, educada en buenos principios, tenía idénticas opiniones políticas que su familia, y no consentiría nunca en separarse de ellas.

¡Ay! la pobrecilla cayó en el lazo: confesó su amor y sus esperanzas, y desde entonces estuvo perdida su causa.

El marqués empezó por enviar, bajo un sobre, y como si no las hubiese abierto, las cartas del señor de Prades, poniendo en ellas unas palabras, encargando políticamente á Didier que olvidase el camino de Couëdic y á los moradores de aquella posesión.

Al mismo tiempo, el aristócrata, tan confiado otras veces, que no había pensado jamás en estorbar los largos coloquios de los dos jóvenes, inventó mil estratagemas para impedir que se viesen y se escribiesen. Deshizo, con una destreza propia de un aldeano viejo, todas las tentativas empleadas por Didier para hablar con Marcela; interceptó sus cartas, detuvo y sobornó á sus emisarios, puso un centinela durante el día en el camino que condu-

cía al castillo, y por la noche en el parque.

Nunca jamás había estado tan ocupado como ahora: había por fin encontrado en qué emplear su actividad.

Después de tres semanas de luchas estériles, Didier, renunciando á ver á la que amaba, no pudiendo creer que no hubiese llegado ninguna carta suya á su poder, dispuesto á reprocharla su indiferencia y su olvido, tuvo que volverse á París, lleno su corazón de desesperación. Marcela, por su parte, gracias á la profunda habilidad de su tío, apenas tuvo conocimiento de lo que había pasado, y acusaba á Didier de no haber sabido vencer los obstáculos que de ella le separaban.

Gran sentimiento tuvo el aristócrata bretón al saber la marcha de Didier, y cesando de ejercer la vigilancia que tenía, dejó de poner centinelas y se retiró á sus tiendas. Para consolarse de verse condenado de nuevo á la ociosidad, tenía el dulce recuerdo del buen resultado obtenido por él: no sólo se había vengado de la familia de los Prades, y su sobrina se libertaba de unirse á ellos, sino que tampoco tenía nada que reprocharle, porque ignoraba que hubiese sido pedida su mano ni que hubiese sido negada.

Sin embargo, después de haberse tejido á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



si propio aquellas coronas y de habérselas ceñido á sus sienes, el señor de Couëdic comprendió que bastaba que volviese repentinamente á presentarse en Bretaña, ó que no pudiese ser interceptada una carta que de nuevo enviase, para poner á Marcela al corriente de la situación, hacerla enterarse de las estratagemas de que su tío se valía y hacer que le fuese inútil el trabajo hecho. Era, pues, muy prudente aprovecharse de las nubes que oscurecían el cielo de la dicha de aquellos dos amantes y desunirlos para siempre.

El marqués se impuso esa nueva tarea, que iba ahora á ocupar y á entretener su ociosidad.

La casualidad debía ayudarle: un domingo, al salir de misa mayor, en el pórtico de la catedral de Saint-Brieuc tuvo el placer de encontrarse con uno de los hombres más distinguidos del partido legitimista, el señor de Baud, que, después de haber defendido con talento sus ideas en el periódico mejor escrito de Bretaña, había sido elegido para representar el departamento de las Costas del Norte en la Cámara de Diputados.

El marqués, deseoso de hablar largo tiempo con su correligionario, le invitó á que fuese á pasar una temporada á su posesión de Couë-

dic, y el diputado se apresuró á aceptar aquella invitación, que parecía colmar su deseo y acaso designios ocultos.

## XI

En efecto, después de permanecer largo tiempo en Couëdic el señor de Baud, al despedirse del marqués, le comunicó la profunda impresión que había causado en su alma la señorita Marcela Barrett, y el placer con que se casaría con ella, si le fuese permitido aspirar á pretender su mano.

Esta confidencia, bajo la cual se ocultaba una petición de matrimonio indirecta, pero bastante clara, causó en un principio cierta extrañeza al viejo aristócrata. No había pensado jamás en ver en el señor de Baud un futuro yerno; no veía en él sino al hombre público, pero sus cualidades como marido no las había observado. Hasta estaba tentado por ereerlas negativas, porque el diputado por las Costas del Norte andaba próximo á los cuarenta años, no tenía bienes de fortuna, y eso era visto